

ví á nadie: entonces me senté sobre una peña, que sin duda habia rodado como yo á aquella especie de trampa, riéndome de la ridícula posición en que me encontraba. Al cabo de diez minutos me pareció que ya habia esperado bastante, y levantándome, llamé á Lehmann: nadie me respondió; llamé por segunda vez, y me sucedió lo mismo.

Entonces sentí algun cuidado, no conocía á aquel hombre á quien con tanta confianza habia hecho mi compañero de caza. Hallábame perdido en una montaña, que él solo frecuentaba en sus escursiones matutinas, enterado á veinte y cinco pies de profundidad en una especie de barranco del que era imposible escalar la cúspide; nadie sabia donde yo estaba, aquel hombre podia haber sido tentado por mis armas y por unos cincuenta lises que le habia dado á guardar. Aquel hombre podia bajar tranquilamente á su casa, y en lo sucesivo cazar por otra parte; no me mataba, pero me dejaba morir. Este temor era estúpido, lo conozco bien, pero las ideas se nos vienen acordes con la situación en que nos encontramos, y la mia no dejaba de ser ridícula, sino para convertirse en terrible.

Sin embargo, resolví no permanecer así en mi agujero sin hacer al menos algunos esfuerzos para salir de él: busqué un parage donde algunas asperezas y dificultades mas salientes de la roca me permitiesen apoyar mis pies y mis manos, y comencé á intentar escalar y subir; pero no tardé en convencerme de que era imposible: dos veces llegué á una altura de tres ó cuatro pies, pero al llegar allí volvía á bajar al fondo de mi barranco con gran detrimento de mis manos y de mis rodillas. No por eso comenzaba menos una tercera tentativa, cuando una voz me dijo:

—Si quereis subir así quitaos á lo menos vuestros zapatos.

Alcé la cabeza y vi á Lehmann, calculé lo ridículo que seria dejarle sospechar los temores que yo habia tenido, y le contesté resueltamente, que como habia tardado me estaba ensayando entretanto para ver como habria salido del paso sino hubiese podido contar con su socorro.

—No es culpa mia, repuso Lehmann, me ha sido preciso andar un cuarto de legua para hallar un pino á propósito para izaros, pero por fin le encontré; voy á bajaros la máquina, os montareis á caballo en una de las ramas, y yo os subiré tirando de la cuerda: no hay mas que hacer.

Efectivamente, como se ve, el medio no podia ser mas sencillo: dos palos atados en cruz formaban una base que impedia dar vueltas al tronco; me monté en él agarrándome con ambas manos como hace un torpe ginete que se agarra al arzon de la silla, y á la voz de ¡vamos! comencé á subir hácia atrás con un movimiento sumamente suave y regular: al cabo de algunos segundos se concluyó

el movimiento, y me hallé sentado en tierra; me volví y descubrí á quince pasos á Lehmann que todavia agarraba la otra punta de la cuerda con cuyo auxilio me habia subido otra vez á las altas regiones.

—Este es, me dijo, un nuevo modo de viajar, que probablemente no conociais.

—Efectivamente, le respondí, os declaro que no tengo gran vocación por él, pues tal vez no hallaré siempre un guia intrépido y decidido como vos.

Lehmann clavó sus ojos en mí fijamente un instante, pero sin comprender lo que queria decirle, y despues no queriendo tomarse el trabajo de investigar por mas tiempo la intención de aquella frase que le parecia poco inteligible, me dijo:

—¿No os habeis quejado de mareos?

—Yo lo creo; como que me hacen el hombre mas infeliz del mundo.

—¿Quereis que os cure para siempre de ellos?

—¡Vos!

—Si, yo.

—Ciertamente que lo deseo.

—Dadme el vaso de cuero.

—Allí está.

Acercóse Lehmann á una de las gamuzas, que no estaba aun enteramente muerta, y abriéndola la arteria del cuello, la hizo una sangría en mi vaso hasta llenar las tres cuartas partes.

—Bebed eso, me dijo.

—¡Sangre! exclamé yo con repugnancia.

—Si, sangre de gamo. Bebed, es el remedio mas seguro que podeis hallar.

—No, gracias, yo mejor quiero quedarme con mis mareos; ademas ahora tengo mas hambre que sed, y si os lo pide el corazón podeis guardaros para vos esa bebida.

—Gracias, me respondió sencillamente Lehmann, no tengo necesidad de ella; y vertió la sangre, y me devolvió el vaso; despues cargándose á la espalda las dos gamuzas.

—Pues que teneis hambre, me dijo, coged vuestra res, y vamos á almorzar. A propósito, ¿y qué habeis hecho de vuestra escopeta?

—Verdad es, respondí, se ha quedado allí arriba en la esplanada.

—No, no os incomodeis, dijo Lehmann, y lanzándose de roca en roca llegó á la esplanada, y volvió un instante despues con el arma, que habia encontrado en medio del camino.

Nos encaminamos á la cabaña. Como me lo habia prometido Lehmann volví con gran apetito, de suerte que deseando ser de alguna utilidad para activar el trabajo, le pregunté si podia emplearme en alguna cosa: me enseñó entonces una hornilla compuesta de piedras que formaban reunidas un círculo, y me invitó á encender fuego. Al principio me humilló un poco el no tomar mas parte en la confección de la comida que se preparaba, pero pensé que lo mejor era obedecer sin replicar; nada hay

que envilezca tanto al hombre como un estómago vacío.

Mientras me ocupaba en estas humildes tareas, Lehmann abrió una de las gamuzas y le sacó la asadura, es decir, el bocado mas delicado y que en nuestras cacerías de corzos en los alrededores de París pertenece de derecho á los guardas que nos acompañan. Cinco minutos despues, ya estaba cociendo con el condimento de manteca, vino, pimienta y sal, en la lumbre que habia encendido y cuya utilidad empezaban á realzarme á mis ojos. Durante este tiempo Lehmann sacó de la cabaña el resto de las provisiones, y lo trajo á una pradera que domina al valle.

—Ahora, le dije, esplicadme cómo habeis hecho para matar dos gamuzas con una escopeta de un solo tiro, mientras que yo con una de dos, no he matado mas que una.

—¡Oh! la cosa es muy sencilla, me contestó Lehmann. Cuando por la mañana están las gamuzas pastando, colocan siempre una centinela á cincuenta ó sesenta pasos para que dé la alarma en caso de peligro. Debeis saber, que lo que menos asusta á estos animales son las armas de fuego, cuyo ruido confunden con el del trueno ó el de los aludes. Primero tiré al centinela, que cayó sin poder dar la alarma, y luego, volviendo á cargar la escopeta, disparé sobre el cuerpo del ejército, que habia levantado la cabeza al primer tiro, pero que no se habia inquietado. Al segundo, y al ver tendido á uno de sus camaradas, no sucedió lo mismo á las gamuzas, que huyeron, y viendo que se dirigian á nuestro lado, os hice señas para que os preparáseis á recibir las, lo que habeis hecho bien; ademas no hay que quejarse para un principiante.

—¿De veras? pero en vez de gastar cumplimientos, mirad si eso está ya cocido, os lo agradeceré mas.

—¿Con que teneis hambre? me dijo Lehmann.

—Me estoy muriendo de necesidad.

—Entre tanto comed un pedazo de pan y queso.

—Gracias, soy demasiado goloso para eso. Lehmann, viendo que la cosa urgía, se levantó y volvió con la cacerola.

Entonces comencé uno de esos memorables desayunos de que se acuerda uno todas las veces que tiene hambre, y que yo no he olvidado ni olvidaré jamás en los dias de mi vida.

Dos horas despues volvíamos á entrar en Glaris, cargados con las tres gamuzas al hombro. Lehmann me habia hecho tomar este camino con pretexto de ajustar un guia para el dia siguiente, pero en realidad para lisongear mi vanidad de cazador.

Verdaderamente no sé si le agradeci mas esta atención que el haberme sacado de mi agujero.

REICHENAU.

Pasé el resto del dia ocupado en desollar nuestras gamuzas con cuyas pieles contaba hacerme una alfombra para mi alcoba. Prometiome Lehmann enviármelas á Ginebra con la primera proporción, y yo le di las señas de la fonda de la Balanza, donde contaba recogerlas á mi regreso de Schaffausen y de Neuchâtel.

Al amanecer del dia siguiente me puse en camino, acompañado del guia que habiamos tomado la víspera en Glaris; Lehmann me acompañó hasta Schwanden, y allí entramos en casa de un amigo suyo á quien habia avisado de antemano y en donde hallamos ya listo el almuerzo. Esta sorpresa tuvo por resultado una parada en el camino de tres horas, de modo que por muy diligentes que en el resto de la jornada anduvimos, nos vimos obligados á hacer noche en Rutti en vez de llegar hasta An como habiamos contado hacerlo.

Al salir de la aldea del Linthal, el camino deja de ser de ruedas, y es un sendero, que serpenteando á través de risueñas praderas, tiene á la derecha la cascada de Fitschbach, se encarama por una cuesta muy pina en los costados del Schren, y despues de una subida de media hora, conduce al Pantenbrucke. Ningun recuerdo histórico va unido á este puente, cuyo único mérito es su pintoresca situación; echado de una montaña á otra y estendiéndose sobre un barranco profundo domina estrecho y sin parapeto, á la altura de doscientos pies el torrente de Lininth, que hierve y espumea en el fondo de su lecho sombrío y encajonado. El paisaje solitario y quebrado en medio de que se halla, aumenta todavia el efecto del terror que produce el abismo, y que se experimenta á pesar de uno en medio de aquella soledad y de aquel caos.

Atravesamos el Pantenbrucke, nos internamos en el Selbsanft y costeano siempre el riachuelo de Linnern que pasamos junto á su nacimiento, yo saltándolo, y Francesco y mi guia levantándose los pantalones, nos metimos entre las nieves que habian caído tres dias antes. Felizmente nuestro guia habia andado veinte veces aquel camino para pasar del Linthal á los Grisones, de modo que, aun que habian desaparecido enteramente todo camino trillado, nos dirigí con un increíble instinto de montañés por medio de las nieves de las rocas y precipicios, hasta la cima de la montaña, desde donde divisamos todo el valle del Rhin. Tres horas despues nos hallábamnos en Hanz, primera población que se encuentra sobre el Rhin; paramos en la fonda del Leon.

Al día siguiente salimos para Reichenau á donde llegamos á las doce.

Esta pequeña aldea del canton de los Grisones, no tiene nada de notable, sino la estraña anecdota que va unida á su nombre. A fines del último siglo habia el burgo-maestre Scharner de Coire establecido una escuela en Reichenau. Buscábase por todo el canton un profesor de francés, cuando se presentó un jóven á Mr. Boul, director del establecimiento, con una carta de recomendacion firmada por el bailio Luis Toost de Zitzere. Era francés, hablaba como su materno idioma el inglés y el alemán, y podia enseñar ademas de estas tres lenguas, las matemáticas, la física y la geografía. El hallazgo era demasiado raro y maravilloso para que el director del colegio lo dejase escapar; ademas, el jóven era modesto en sus pretensiones. Mr. Boul lo ajustó en mil cuatrocientos francos al año, y el nuevo profesor comenzó á ejercer inmediatamente sus funciones.

Aquel jóven profesor era Luis Felipe de Orleans, duque de Chartres, despues rey de Francia.

Confieso que senti una emocion mezclada de orgullo, al hacerme dar detalles sobre aquella singular vicisitud de una fortuna real, que no quiso mendigar el pan del destierro y lo habia comprado dignamente con su trabajo: en el mismo sitio, en aquel cuarto situado en medio del corredor, con su puerta de entrada de dos hojas, sus puertas laterales con flores pintadas, sus chimeneas colocadas en los ángulos, sus cuadros á lo Luis XV con marcos de arabescos de oro, y su techo artesonado. En 1832, época en que yo visitaba el colegio, existia un solo profesor, colega del duque de Orleans, y un solo estudiante su discípulo; el profesor es el novelista Zschokke, y el estudiante el burgo-maestre Tscharner, hijo del mismo que habia fundado la escuela. En cuanto al digno bailio Luis Toost, murió en 1827, y ha sido enterrado en Zitzere, lugar de su naturaleza.

Hoy ya no queda nada en Reichenau del colegio en que fué profesor un futuro rey de Francia, sino el cuarto de estudio que hemos descrito, y la capilla contigua al corredor con su tribuna y su altar, sobre el que se ve un crucifijo pintado al fresco. El resto del edificio se ha convertido en una especie de *villa* ó quinta perteneciente al coronel Pestaluzzi, y este recuerdo tan honroso para todo francés, que merece ser colocado entre nuestros recuerdos nacionales, amenazaría de desaparecer con la generacion de ancianos que se estingue, si no conociésemos un hombre de corazón de artista, noble y grande, que esperamos no deje olvidar nada de lo que es honroso para él y para la Francia.

Este hombre sois vos, monseñor Fernando de Orleans, vos que despues de haber sido nuestro camarada de colegio sereis tambien

nuestro rey (1); vos que desde el trono á donde subireis un día, tocareis con una mano á la vieja monarquía, y con otra á la jóven república: vos que heredareis las galerias que contienen las batallas de Taillebourg y de Fleurus, de Bobines y de Aboukir, de Azincourt y de Marengo; vos que no ignorais que las flores de lis de Luis XIV son los hierros de las lanzas de Clodoveo; vos que sabeis muy bien que todas las glorias de un pais son glorias, cualesquiera que sea el tiempo que las ha visto nacer y el sol que las haya hecho florecer: vos, en fin, que con vuestra diadema real podreis ligar dos mil años de recuerdos y formar con ello las fasces consulares de los lictores que marcharán delante de vos.

¡Cuán hermoso os será entonces, monseñor, recordaros ese pequeño puerto aislado, donde vuestro padre pasajero combatido por el mar del destierro, marinero arrojado por el viento de la proscripción, encontró un tan noble abrigo contra la tempestad! Grande será en vos, monseñor, el mandar que se levanten otra vez para la hospitalidad ese techo hospitalario, y sobre el mismo sitio en que se desmorona el antiguo edificio, se levante otro nuevo destinado á recibir á todo hijo de proscripción que llegue con el báculo del destierro en la mano á llamar á sus puertas cual vuestro padre, y esto, cualquiera que sean su opinion y su patria, ora sea amenazado por la cólera de los pueblos, ora perseguido por el odio de los reyes.

Porque, monseñor, el porvenir sereno y azulado para la Francia que ha completado su obra revolucionaria, está preñado de tempestades para el mundo; hemos sembrado tantas libertades en nuestras expediciones por Europa, que por todas partes brotarán de la tierra como las espigas en el mes de mayo, tanto que no se necesita mas que un rayo de nuestro sol para madurar las mieses mas lejanas; tornad los ojos, monseñor, sobre lo pasado y fijadlos despues sobre lo presente. ¿Habeis sentido jamás mas sacudimientos en los tronos y encontrado por los caminos reales tantos viajeros destronados? Bien veis, monseñor, que llegará un día en que necesitareis fundar un asilo aunque no sea mas que para los hijos de los reyes, cuyos padres no puedan como el vuestro, ser profesores en Reichenau.

(1) Dumas ha sido mal profeta. Fernando de Orleans pereció lastimosamente en 1842 de una caída de su carruaje habiéndose desbocado los caballos en Neully. Luis Felipe cayó del trono en 1848; la revolucion le arrojó con toda su familia de Francia, y despues de dos años de una república efímera, en 1852 se restableció el imperio y ocupa el trono la dinastía de Napoleon.

PAULINA.

La misma noche fui á dormir á Coire, y al día siguiente, gracias á un carruaje que me proporcioné con gran trabajo en la capital de los Grisones, llegué hácia las once de la mañana á Ragatz. No era esta pequeña aldea la que me llamaba, porque no hay en ella nada notable, sino es el Tamina, que á algunos pasos de la posada del Salvage, sale furioso de la profunda garganta por la que rueda encajonado durante tres ó cuatro leguas, y va á arrojarse en el Rhin; eran los baños de Pfeffers, cuya situacion pintoresca atrae tantos curiosos, al menos como enfermos, la eficacia de sus aguas. Asi marchamos inmediatamente para Valenz, á donde llegamos despues de una hora de subir por una cuesta pendiente, estrecha y llena de precipicios, y despues de haber caminado otra hora por medio de hermosas praderas. Una legua mas adelante parece que de repente falta la tierra, y á nuevecientos pies de profundidad en el fondo de una angosta quebradura, se descubre el techo cubierto de pizarras del establecimiento, que tiene el aspecto de un monasterio. Una pequeña senda abierta en la montaña y enarenada elegantemente presenta un camino fácil para la bajada y que puede durar unos diez minutos.

Los propietarios de estos baños son los frailes de un convento inmediato, sacan de ellos un producto de doce á quince mil francos. Como la estacion estaba ya bastante adelantada, no habia mas que cinco ó seis enfermos alemanes, y dos viajeros franceses. Viendo que el establecimiento participaba á la vez de fonda y hospicio previne que comeria y cenaria en él: me respondieron que dentro de una hora tendria mi cubierto en la mesa redonda ó en mi cuarto. Esperando por lo que me habian dicho que en el comedor encontraría dos compatriotas, encargué que me reservasen en él un puesto, y marché inmediatamente en busca de las curiosidades que me habian prometido ver.

Bajamos desde luego á un cuarto bajo destinado á servir de salon de los enfermos, que no solamente se curan con los baños, si no que tambien toman las aguas en bebida. Como aquella sala no se hallaba aun concluida, no ofrecia interiormente nada de curioso; pero abrieron la puerta, y cambió la cosa de aspecto. Aquella puerta daba sobre una especie de abismo en cuyo fondo corria el Tamina arrastrando en su carrera rocas que redondeata frotándolas sobre su lecho de mármol negro. En frente, á cuarenta pasos casi, se abria el subterráneo que conduce á los manantiales termales que se hallan en la orilla

opuesta: para llegar á aquellos manantiales se ha echado un puente de tablas bastante mal sujetas sobre las puntas de las rocas, el cual costeaando primero la orilla izquierda del rio, forma un recodo á los doce ó quince pasos, se estiende luego atravesando el precipicio, va á buscar un apoyo en la orilla derecha y presenta su superficie estrecha y resbaladiza á los que quieren internarse como Eneas en aquella especie de antro Cumco. Ademas aquel puente no tenia mas parapeto que los mismos conductos por los cuales llega el agua.

Mucho me miré antes de aventurarme en aquel tremendo y suspendido camino, cuando el mozo de los baños viendo mi temor, me dijo que no hacia diez minutos que una señora acababa de pasarlo sin la menor vacilacion. Comprendese que desde entonces ya no podia retirarme honrosamente; de modo que agarrándome á la tabla lo mismo que se agarra del palo el que se ahoga, me afiancé tan bien con los pies y las manos, que llegué sin novedad alguna al otro lado del Tamina.

Continuamos entonces siguiendo aquel peligroso camino y nos internamos por aquella infernal garganta, oyendo rugir bajo nuestros pies el torrente que no nos atreviamos á mirar de miedo de algun vértigo. Era entonces la una de la tarde, de modo que cayendo los rayos del sol perpendicularmente sobre Pfeffers, penetraban á través de los barrancos de dos montañas que uniéndose en algun cataclismo formaron la bóveda de aquel extraño corredor, é iluminado en ciertos parages, dejaban visible la profunda oscuridad del resto del camino. De pronto mi guia me hizo notar dos sombras, que parecidas á Orfeo y á Euridice, asemejaban subir del infierno. Dirigianse hácia nosotros desde el fondo de la caverna, y cada vez que pasaban por debajo de aquellas troneras ó respiraderos se reflejaba en ellas una luz pálida, que nada tenia de viviente. Nos paramos para contemplar aquel episodio del poema del Dante, porque nada impedia que creyésemos fuesen Paolo y Francisca, que conjurados en nombre del amor, acudian como dice el poeta, con seguro y repetido vuelo semejante al de las palomas que se dejan caer.

A medida que iban viniendo hácia mí, ora entrando en la oscuridad, ó volviendo á salir á la claridad, tomaban diferentes y mas fantásticos aspectos. Se aproximaron al fin, y como el eco de sus pisadas se perdia en el estrépito del Tamina, hubiérase dicho que sus pies no tocaban al suelo. A algunos pasos de nosotros se detuvieron, y como cada uno de nuestros dos grupos se hallaba debajo de un rayo de luz, reconocí á Alfredo de N., el jóven pintor que habia intentado alcanzar en Fluden, y que se me habia escapado lanzando él mismo al lago su barco. Apoyábase en su brazo su misteriosa compañera, que al verme

y reconociéndome sin duda, se detuvo vacilando en continuar su camino; sin embargo, no había medio posible de evitar nuestro encuentro. Nos hallábamos en un pasaje más estrecho y más peligroso todavía que el de Layo y Edipo, y todo lo que podíamos hacer, era no disputar la frívola ventaja de los vanos honores del paso. En su consecuencia nos arrimamos contra la pared, y veíase obligada la pareja de los viajeros á pasar por delante de nosotros. Entonces Paulina, pues se recordará bien que este era el nombre que la había dado el conductor del carruaje de Lausana se echó á la cara el velo verde de su sombrero, y cambiando de lado para tomar el borde del precipicio, se deslizó delante de nosotros con tanta rapidez cual si fuese una fantasma; pero no tan rápidamente que no pudiese ver todavía su rostro gracioso pero pálido y casi moribundo. Creí reconocerla, y me estremecí, porque era evidente que aquella muger herida en los gérmenes de la vida se hallaba atacada de una enfermedad orgánica que lentamente la conducía al sepulcro. En cuanto á Alfredo, al pasar delante de mí, me cogió la mano, y me la apretó sin darme otras pruebas que aquella cierta y muda señal de reconocimiento y de amistad. Nada comprendía de todo aquel misterio, el que sin embargo pensé que debía aclararse un día, y miré alejarse á mi amigo con su compañera, la que libre ya de terror y pareciendo pertenecer á otro mundo, caminaba, ó más bien se deslizaba sin miedo por aquel camino tan peligroso aun para las gentes del país, que enfrente de nosotros había una cruz que indicaba que un trabajador que pasaba cargado de piedras por el mismo sitio en que nos hallábamos se había caído y hecho pedazos en su caída. Permanecimos así inmóviles por un rato, hasta que los perdimos de vista, y después volvimos á tomar nuestro camino.

Continuaba este internándose por debajo de aquella bóveda, que en ciertos parages tiene más de setecientos pies de elevación. Después de cerca de un cuarto de hora de camino en que se retrasa uno por las precauciones que es indispensable tomar, abrió mi guía una puerta y entramos en la cueva del manantial. Aunque el agua que brota no tenga más que treinta y cinco, á treinta y siete grados de calor, el vapor encerrado en aquel estrecho espacio, hace insostenible y al mismo tiempo peligrosa aquella atmósfera; porque al abandonarla, se halla uno en otra helada. Cerramos con prontitud la puerta y volvimos á salir más admirados como suele suceder del camino que habíamos hecho, que del objeto á que nos habíamos dirigido.

No estando dispuesta todavía la comida me aproveché de aquel respiro para abrir la llave de un baño, y á fin de no perder un minuto me tendí debajo del chorro. La cosa es tanto más cómoda, cuanto que el agua llegando á

los baños, con el calor propio de estos, no tiene necesidad de mezclarse con otra.

Pasé mi tiempo en buscar en mi memoria en qué paseo, en qué teatro, ó en qué baile había visto yo aquella muger, que tanto temía dejarse conocer; pero sus facciones se perdían en un mar de recuerdos tan lejanos, que mis pesquisas fueron vanas. Me hallaba en lo más profundo de mis reminiscencias, cuando vinieron á anunciarme que estaba pronta la comida. Como contaba hallarla en la mesa, y poder continuar en ella mis investigaciones, no me ocupaba ya más de ello, y vistiéndome con toda la rapidez posible, seguí al portador de la noticia.

Entré en un inmenso comedor, donde había una mesa de treinta ó cuarenta cubiertos, la que en aquel entonces solo estaba ocupada por una tercera parte de personas. Los convidados eran, según he dicho anteriormente, cinco ó seis enfermos alemanes, y los dos padres que hacían los honores de la casa. Después de haber saludado á todo el mundo, como exige la etiqueta, pregunté si tendría el placer de comer con dos compatriotas. Me contestaron que efectivamente habían antes manifestado la intención de quedarse hasta la tarde en Pfeffers; pero que de repente habían cambiado de parecer, y acababan de marcharse en aquel instante, sin tomar otra cosa más que una taza de caldo, que se habían hecho llevar á su cuarto. Decididamente era por mí únicamente la misantropía de nuestros viajeros.

Me consolé de ella hablando todo el tiempo de la comida con un joven oficial suizo, que era el único de toda aquella digna sociedad que hablaba el francés. Desde luego me admiré de la pureza del lenguaje, pero al punto me revelé que aunque estaba al servicio de la confederación, era compatriota mío, y que había recibido su educación militar en tiempo del emperador. Por su rostro alegre y su excelente apetito, había creído durante una hora, que era un viajero como yo; pero me asombró muchísimo cuando al momento en que nos levantamos de la mesa vi acercarse á él dos criados, cogerlo por debajo de los hombros, y llevarlo junto á la chimenea. Hallábase completamente parálitico de la pierna izquierda.

Cuando estuvo sentado se volvió hacia mi lado, y reparando que yo le había seguido con ojos de asombro, sonrióse con melancolía.

—Aquí veis, me dijo, un pobre imposibilitado que viene á buscar por Pfeffers la salud que probablemente no volverá á recobrar.

—¿Y qué es lo que tenéis? le dije, tan joven y tan vigoroso; ¿quizás un pistoletazo?... ¿un desafío?....

—Si, un desafío con Dios, un pistoletazo disparado desde las nubes.

—¡Calla! contesté. ¿Seriais el capitán Buchwalden?

—¡Ay! si....

—¿Vos fuisteis herido por el rayo en el Sentis?

—Justamente.

—He oído hablar de esa terrible historia.

—Pues aquí teneis al héroe de ella.

—¿Seriais tan bueno que quisiérais darme algunos detalles?

—Estoy á vuestra disposición.

Me senté cerca del capitán Buchwalden, y encendió este su pipa, yo mi cigarro, y comenzó en estos términos:

UN RAYO.

Si en lugar de estar enterrados en esta hoy, nos hallásemos en la cima de la más pequeña colina, os enseñaría el Sentis: lo reconoceriais fácilmente además, porque es el más alto de los tres picos que se levantan al Nordeste á algunas leguas detrás del lago de Wallenstadt. Su mayor altura es de siete mil setecientos pies sobre el nivel del mar: separa el cantón de Saint-Gall del de Appenzell, y al Norte y al Este permanece eternamente cubierto de nieves y de ventisqueros.

Encargado por la república de hacer observaciones meteorológicas sobre las diferentes montañas de la Suiza: el 29 de junio último salí de Alt-Saint-Johann con diez hombres y mi criado, para ir á plantar mi tienda sobre el más alto pico del Sentis. Aquellos diez hombres llevaban mis víveres, mi tienda, mi capote, mis mantas é instrumentos, de los que mi criado y yo nos habíamos reservado los mejores; mis guías, acostumbrados á pasar todos los días la montaña para ir desde Saint-Gall á Appenzell, me habían asegurado al ponernos en camino, que no nos ofrecería dificultad alguna la ascension; caminábamos, pues, con toda confianza: cuando casi á una tercera parte del camino, descubrimos que las recientes nevadas, caídas algunos días antes, cubrían enteramente los caminos trillados, de suerte que era preciso ir hacia adelante á la ventura. Nos arriesgamos por aquellas solitarias y resbaladizas cuestas, y desde los primeros pasos que dimos, adivinamos los peligros y fatigas reservadas á nuestro viage. En efecto, después de una media hora de camino encontramos que la nieve se iba congelando más y más, y nos fué preciso romperla para continuar nuestro camino; este indispensable trabajo, no solamente consumía todo nuestro tiempo, sino que todavía nos esponía sin cesar más y más; porque, ¿cómo se

adivinan los torrentes y precipicios bajo de aquella desconocida alfombra sin vestigios, tendida sobre la montaña cual una mortaja? Sin embargo, Dios nos protegió: después de siete horas de una cruel marcha alcanzamos la cima de la montaña. Mandé inmediatamente á mis hombres que encendiesen una gran hoguera, sacasen los víveres de las cestas, y reanimasen sus fuerzas. Comprendereis que para obedecerme no se hicieron de rogar. En cuanto á mí, apenas tomé un vaso de vino: y desasosegado por el sitio en que podría establecer mi campamento, busqué un punto favorable para mis observaciones; no tardé en encontrarlo, señalé el centro con mi bastón ferrado, y volví cerca de mis hombres, que habían concluido su comida. Volvimos juntos al lugar señalado; les hice quitar la nieve en una circunferencia de treinta y cinco á cuarenta pies, desplegué mi máquiuá, verifiqué mi instalación, y tranquilo ya en cuanto á mi alojamiento, despedí á mis diez hombres que se volvieron á Alt-Saint-Johann, y me quedé solo con Pedro Gobat, mi criado; era un buen hombre, que hacía tres años me servía, y me era tan fiel y decidido, que podía contar con él en todo trance.

Hacia el anochecer vimos amontonarse en derredor nuestro una niebla tan espesa, fría y compacta, que limitaba nuestra vista á un radio de veinte y cinco á treinta pies. Duró dos días y dos noches, ocasionándonos un mal estar de que no os podeis formar ninguna idea; las nieblas de las montañas y del Océano, son peores que la lluvia, porque la lluvia no puede penetrar la lona de la tienda, mientras que estas nieblas penetran por todas partes, os hielan hasta el corazón, y estienen sobre todos los objetos un velo triste y sombrío, de que muy pronto se cubre el alma.

Durante la tercera noche me levanté varias veces alarmado con la obstinación de aquella niebla, para examinar el cielo; por fin, á las tres de la madrugada me pareció ver brillar algunas estrellas. Permanecí en pie para asegurarme: muy pronto un blanco resplandor apareció en el Oriente, una mano invisible descorrió las cortinas de vapores que me rodeaban, dilatose mi horizonte, y salió el sol sobre una cordillera de ventisqueros que parecían perderse entre sus rayos. El cielo permaneció así puro y despejado hasta las diez de la mañana, pero entonces empezaron las nubes á rodearme de nuevo. Me hallé sumergido todo el día en aquel caos de espesa niebla. A la puesta del sol se disiparon de nuevo los vapores y tuve un instante de un magnífico crepúsculo, pero casi de repente se apoderó la noche del espacio, y me acosté aguardando para la mañana siguiente un día más hermoso y más despejado.

Me equivocaba; este singular fenómeno se renovó todas las mañanas durante un mes; durante un mes tuve el valor de permanecer

asi, no teniendo mas que el sueño por refugio contra el fastidio, y por consuelo contra el aislamiento. Al fin, el 4 de julio cayó un diluvio, y el frio y el viento arreciaron á tal punto que Gobat y yo no pudimos dormir, y pasamos la noche en sujetar nuestra tienda con nuevas cuerdas arrolladas á las estacas que la sostenian. A las cuatro de la madrugada la montaña se rodeó de nieblas, que apesar del viento permanecieron muy espesas á nuestro alrededor. De tiempo en tiempo, por la sombra que hacian al pasar, adivinamos que opacas nubes atravesaban sobre nuestras cabezas, pero juzgábamos por estas mismas sombras, que el cierzo las arrastraba con tal rapidez, que no tendrían sin duda tiempo de formar tempestad.

Mientras tanto se adelantaron del Este á su vez mas espesas masas, pero marchando con lentitud contra el viento empujadas por una corriente superior. Llegadas sobre el Sentis, pareció que se detenian: la lluvia atravesó nuestra niebla, y comenzó á oírse el trueno en lontananza. Pronto los silbidos del viento se mezclaron á los estallidos del rayo, y todo anunció una terrible batalla en que iban á tomar parte el cielo y la tierra. De repente la lluvia se convirtió en granizo, y este granizo cayó con tal abundancia, que á los diez minutos quedó cubierta toda la cima de la montaña con una capa de dos pulgadas de granizos gruesos como garbanzos. Reconocí todos los síntomas de una furiosa tempestad, y me refugié en mi tienda con mi criado; cerré cuidadosamente todas las aberturas para que el huracan no tuviese por donde atacarla. Hubo un momento de silencio; profundo, y creyendo Gobat que habia pasado la tormenta quiso levantarse para ir á abrir la puerta; le detuve: conocí que aquella calma no era mas que un momento de reposo; la naturaleza fatigada respiraba un instante para volver á comenzar de nuevo la lucha. En efecto, á las ocho de la mañana retumbó otra vez el trueno, mas próximo y mas violento, haciéndose oír hasta las seis de la tarde, sin interrupcion. En este momento, cansado de la reclusion á la que la tempestad me habia condenado durante diez horas, salí para examinar el cielo; me pareció un poco mas tranquilo; entonces tomé una sonda de hierro y fui á algunos pasos de nuestra tienda á medir la profundidad de la nieve; desde el primero de julio habia disminuido de tres pies, diez pulgadas. Apenas habia tomado esta medida, cuando estalló el rayo sobre mi cabeza; arrojé lejos de mí el instrumento de hierro que me habia valido este nuevo rompimiento de hostilidades, y me refugié en mi tienda, donde hallé á Gobat arrodillado junto á la comida que habia preparado, pero aquel último trueno le habia quitado el apetito. Me preguntó mitad por señas y mitad verbalmente, si queria comer; pero como yo no me hallaba sin inquietud, le res-

pondí que no tenia hambre y me eché sobre una tabla que impedia algun poco la humedad y el frio de la tierra; entonces Gobat se aproximó á mí, y se acostó á mi lado. En aquel momento quedamos de repente sumergidos en una oscuridad igual á la noche; en aquel instante una densa y negra nube como una humareda, rodeaba el Sentis; la lluvia y granizo cayeron á torrentes, zumbaba y silbaba el viento, cruzábanse mil rayos como los cohetes de los fuegos artificiales, y habia una claridad como en medio de un incendio. Queríamos hablarnos, pero no podíamos oírnos apenas, porque chocando unos con otros los estallidos del rayo, repetian todos sus golpes en los costados de la montaña, que en medio de aquel horrible estruendo y de aquel caos infernal, parecia á veces estremecerse sobre su base. Entonces comprendí que nos hallábamos dentro del mismo circulo de la tormenta; oíamosla rugir y arrojar llamas á nuestro alrededor; y en fin, fue tal su violencia que asustado Gobat me preguntó si corriamos peligro de muerte. Traté de tranquilizarle diciéndole que lo mismo que nos sucedió habia sucedido á los señores Biot y Arago, durante sus observaciones en las montañas de los Pirineos: un rayo habia caído sobre su tienda, deslizándose empero por la tela, y alejándose sin tocarlos.

Apenas acababa esta relacion cuando estalló un trueno terrible; me pareció que nuestra tienda se hacia pedazos: Gobat lanzó un grito de dolor; al mismo tiempo vi correr desde la cabeza á sus pies un globo de fuego, y yo mismo me sentí herido en la pierna izquierda por una conmocion eléctrica; me volví hácia mi compañero, é iluminado por la luz de los relámpagos que penetraba á través del rasgon de la lona, vi todo su cuerpo surcado por el rayo. El lado izquierdo del rostro le tenia marcado con manchas negras y rojizas, quemadas sus pestañas, cejas y cabellos; los labios de un color azul amarotado. Por algunos instantes se levantaba todavía su pecho, soplando como el fuelle de una fragua, pero pronto se aplastó, se apagó su respiracion, y senti todo el horror de mi posición. Yo mismo sufría horriblemente, conocia demasiado los efectos del rayo para no comprender que me hallaba cruelmente herido de él: pero sin embargo lo olvidé todo para tratar de socorrer al hombre que veía morir, y que mas bien era mi amigo que mi criado. Le llamé y le meneé, no me respondia, y sin embargo su ojo derecho estaba abierto, brillante, lleno de inteligencia todavía, se hallaba vuelto hácia mí, y parecia implorar mi auxilio. El izquierdo se hallaba cerrado, levanté su párpado y estaba pálido y empañado; entonces creí que la vida se habia refugiado á la parte derecha, y conservé algunos instantes esta esperanza, porque traté de cerrar aquel ojo abierto que me miraba siempre,

pero volvía á abrirse otra vez mas ardiente y animado: tres veces renové esta esperiencia, tres veces la misma mirada rechazó el párpado. Tenia gran terror, me parecia que habia algo de infernal en lo que me pasaba: le puse entonces la mano sobre el corazon, no palpitaba ya, le pinché en los labios, en varias partes de su cuerpo con la punta de un compás, pero no salió sangre: Gobat permaneció inmóvil. Era la muerte, la muerte la que yo veía y en la que no podia creer, porque aquel ojo siempre abierto protestaba contra ella y la daba una mentis. No pude soportar mas tiempo aquella vista, le eché un pañuelo sobre el rostro, y atendí á mis propios dolores. Tenia paralizada mi pierna izquierda, y sentia en ella un estremecimiento de músculos, un hervor de sangre extraordinario: la circulacion se detenía y se agolpaba hácia mi corazon que palpitaba de un modo atroz: apoderóse de mí un temblor general y desordenado y me acosté creyendo que me iba á morir.

Al cabo de algunos instantes aumentó su violencia la tempestad, y fué tal el impetu del viento que se llevó como hojas secas las piedras que sujetaban mi tienda, y por consiguiendo levantó la tela. Pensé rápidamente en la situacion en que me encontraría, si era arrastrado al precipicio: aquel último y único abrigo; esta idea me devolvió mis fuerzas sobrehumanas: cogí una de las cuerdas que la sujetaban á las piedras que el viento se habia llevado, y me arrojé al suelo, manteniéndola agarrada con mis dos manos; pero sintiendo faltarme las fuerzas me la arrollé á la pierna derecha, y apretando el cuerpo contra la tierra, esperé asi tres cuartos de hora casi á que el huracan se aplacase: durante todo este tiempo á pesar mio, tuve clavados los ojos en Gobat, á quien á cada momento esperaba ver moverse; pero salió fallida mi esperanza: estaba muerto.

Lo que en mí pasó durante aquellos tres cuartos de hora, ya veis, yo no puedo decirlo. Unicamente podrán tener idea de ello, el náufrago que se ahoga, el viagero asesinado en un rincon de un bosque, el hombre que siente que la lava mina la roca sobre la cual ha buscado un refugio. Sentia mi pierna paralizada de tal modo que apenas podia moverla, estaba encadenado en mi puesto, condenado á morir lentamente, cerca del criado muerto, y la única probabilidad de socorro y de salvacion que tenia, era que un pastor extraviado por la montaña se aproximase á mi tienda, ó que algun viagero curioso subiese á la cima del Sentis y me encontrase medio muerto; pero estas probabilidades eran muy desesperadas, porque despues de treinta y dos dias que habia fijado mi morada sobre aquel pico, no habia divisado mas que gamuzas y buitres.

Mientras mi errante pensamiento corria tras de cualquier esperanza de salvacion, un agudo dolor hizo estremecer mi pierna paraliza-

da: parecíame que me clavaban dentro de las venas agujas de acero, era la sangre que hacia naturales esfuerzos para volver á su circulacion interrumpida, y que penetrando en los vasos iba á reanimar la sensibilidad entumecida de los músculos y de los nervios. A medida que la sangre iba ganando el terreno perdido, disminuía la opresion, las palpitaciones de mi corazon volvian á tomar alguna forma y alguna razon, y á cada dolor recobraba nuevas fuerzas: al cabo de un cuarto de hora, casi conseguí doblar la rodilla y mover el pié; pero cada probatura de esta clase me arrancaba un grito; sin embargo, desde aquel momento tomé mi resolución, aguardé veinte minutos todavía para tomar mas fuerzas, desaté la cuerda que ataba mi pierna derecha á la tienda, y cuando creí poder tenerme en pié me levanté.

El primer instante fué de aturdimiento y de debilidad, pero al fin me repuse: me despojé de mi capoton de pieles y mis botines de cuero: me puse unas botas, y auxiliado de mi baston de montaña me arrastré fuera de la tienda. Cargué esta de nuevas piedras para asegurar lo mejor posible el abrigo en que iba á dejar á mi pobre compañero, esperando siempre que no estaria muerto, sino solamente aletargado, le arrojé con mis abrigos para preservarle de la lluvia y del frio: luego atádomé á la espalda la bolsa que contenia mis papeles, y pasándome el termómetro por bandolera, me puse en camino procurando orientarme en medio de aquel caos; pero era cosa imposible. Me encomendé á la misericordia del Señor, y en medio de una lluvia espantosa, rodeado de una niebla que no me permitia distinguir los objetos mas próximos, no haciendo un movimiento que no me costase un dolor, ni dando un paso que no fuese en vago, me aventuré á bajar con la ayuda de un baston ferrado, el escarpado y desnudo pico, sin saber hácia que punto me dirigia, ni si me hallaba á la línea de las quintas de Gemplut.

En efecto al cabo de unos diez minutos, hallé en medio de peñascos y precipicios, por todas partes abismos que adivinaba mas bien que veía. Sin embargo, continué siempre andando, me arrastré de roca en roca, me dejaba resbalar cuando la pendiente era demasiado rápida para ofrecerme un punto de apoyo; cada paso me metia en un laberinto cuya profundidad y salida no conocia; en fin, chorreando agua y sosteniéndome apenas, me hallé sobre una esplanada formada por dos rocas, la una sobre mi cabeza, la otra bajo mis pies, todo alrededor el vacío.

Entonces estuve á punto de que me abandonase el valor como ya lo habian hecho las fuerzas. Estremeciése todo mi cuerpo, mi sangre se heló, sin embargo, exploré atentamente la especie de pasadizo en que me veía encerrado, me adelanto hácia sus orillas, me agarré á las hendiduras de una roca, me sus-

pendo sobre el abismo, y busco ansioso con la vista un paso: á alguna distancia descubro alguna abertura vertical y sombría, una boca de caverna de tres pies de ancho casi, que baja no sé á donde, acaso á un precipicio: pero nada importa, estoy tan agobiado, tan dolorido, tan indiferente ya á todo, y tal vez tan deseoso de una muerte pronta, que conozco que si me hallara junto á aquella abertura, cerraría los ojos y me dejaría resbalar; pero está á veinte y cinco ó treinta pies distante de mí, y para llegar hasta ella, es preciso que vuelva á trepar los peñascos que con tanto trabajo he bajado. Hago el último esfuerzo, reúno todo mi valor, me arrastro, ando á gatas, y sin aliento, cubierto de sudor, llego al fin á la abertura, y sin mirar á donde conduce me siento en el declive, y sin otra oración que estas palabras: «¡Dios mío, tened piedad de mí!» cierro los ojos, y me dejo resbalar.

Bajo así por algunos segundos: de repente se deja sentir una impresión helada, y al mismo tiempo se detienen mis pies en un cuerpo sólido; abro los ojos: me hallo en el fondo de un barranco lleno de agua y formado por la aproximación de dos paredes; nada distingo, estoy en una caverna á donde vienen á repetirse el mugido del viento y el estruendo del trueno. En medio de todos aquellos confusos ruidos, sin embargo, distingo el de una cascada que cae y vuelve á saltar. Pues que ella baja, hay un paso, y si hay un paso lo encontraré, y bajaré lo mismo que ella, aunque tuviese que saltar como el agua y estrellarme de roca en roca; mi último recurso es el lecho del torrente. Tan pronto sobre las manos como sobre los pies, sentado, de rodillas, arrastrando, agarrándome á las piedras, á las raíces, al musgo, bajo doscientos ó trescientos pasos, después me abandonan las fuerzas, mis brazos se quedan tiesos, mi pierna parálitica me pesa, conozco que voy á desmayarme, y convencido de que he hecho cuanto puede hacer un hombre para disputar su existencia á la muerte, lanzo un último grito de despedida al mundo y me dejo caer.

No sé cuantos minutos fui rodando como un peñasco desprendido de su base, porque casi inmediatamente perdí el conocimiento, con él el sentimiento del tiempo y el dolor.

Cuando volví en mí, me hallaba tendido á la orilla del torrente. Esperimenté una indefinible sensación de malestar. Sin embargo, me puse de pie. Durante mi desmayo una bocanada de viento había disipado la niebla que rodeaba la montaña, y mirando debajo de mí divisé á unos veinte pasos casi la estremidad de los peñascos, y más allá una cuesta suave y cubierta de nieve. A aquel aspecto, que no podía creer, mi corazón recobra la vida, mis miembros su calor, mi sangre circula, me adelanto hasta el borde del peñasco, domino perpendicularmente aquella bienhadada cuesta, á doce ó quince pies casi: en cualesquiera otra

circunstancia de mi vida, y antes de que el rayo me hubiese quitado la facultad de un miembro, no hubiese dado más que un salto, la nieve era un lecho estendido allí para recibirme; pero en aquel momento no podía determinar á dar aquel salto sin arriesgarme al mismo tiempo á hacerme pedazos. Miraba, pues, á todas partes, y á alguna distancia descubrí un sitio menos escarpado, me agarré á las desigualdades de la piedra, hice el último esfuerzo, y toqué al fin aquella nieve que era para mí lo que la tierra firme es para el náufrago.

Fueron mis primeros instantes todos para el reposo, todos para la felicidad de vivir todavía, por estropeado y dolorido que me hallase, y después de aquel rato de descanso, y haber dado gracias á Dios, me puse á buscar una piedra cuadrada que me sirviese de trineo. No tardé en hallarla, me senté encima, y dándola yo mismo el empuje, me dejé resbalar por la cuesta, sirviéndome de mi bastón ferrado para dirigir mi carrera, que terminó en el sitio donde terminaba la nieve: de este modo anduve tres cuartos de legua en menos de diez minutos. Llegado á los matorrales, me levanté, anduve algún tiempo á través de barrancos y de rocas, y de cuevas áridas ó cubiertas de musgo. Después, en fin, reconocí el sendero que habíamos seguido un mes antes, lo tomé, y hacía las dos de la tarde llegué á las casas de campo de Gemplut.

Entré en la primera choza, hallé dos hombres que reconocieron en mí al joven oficial que había pasado por allí mismo para ir á hacer experimentos en la montaña. Les conté la desgracia que nos había sucedido, y á pesar de la tormenta que continuaba tronando, conseguí de ellos que partiesen al instante para llevar socorros á Gobat. Delante de mí se pusieron en camino, y cuando los hube perdido de vista bajé por mi lado hacia Alt-Saint-Johann, á donde llegué casi moribundo á las tres. Al mirarme delante de un espejo me asusté, tenía los ojos estraviados, y su esclerótica amarilla; el pelo, las cejas, y las pestañas se habían quemado; tenía los labios negros como el carbon: además de esto, sentía un horroroso dolor en la cadera izquierda, llevé á ella mi mano, y me quité el pantalón; me había tocado allí el fuego eléctrico, dejando como señal de su tránsito, una anchura y profunda quemadura.

Me acosté creyendo que podría dormir, pero apenas había cerrado los ojos, se apoderaron de mi imaginación ensueños más aterradores todavía que la misma realidad: volví á abrirlos, pero la realidad sucedía á los ensueños, creí que me volvía loco: tenía fiebre y un delirio espantoso.

A las diez volvió el mensajero que había enviado al llegar á las casas de campo á Gemplut; nuestros dos hombres se hallaban de vuelta, habían encontrado á Gobat; estaba

muerto; por consiguiente habían vuelto los dos para buscar refuerzo á fin de traerse mi tienda, mis instrumentos y mis efectos. Al día siguiente 6 de julio, á las dos de la mañana, marcharon en número de doce de Alt-Saint-Johann, á donde estaban de vuelta á las tres, trayendo el cuerpo de mi pobre criado. El médico que se había llamado para mí hizo la inspección y la autopsia del cuerpo. Certificó que el cadáver tenía quemado el pelo, las cejas y la barba; que las narices y los labios tenían un rojo negruzco; que el costado izquierdo, y sobre todo la parte superior del muslo, estaba toda llena de equimosis profundas; que la piel de la estremidad superior estaba quemada, dura y encogida como un cuero, en una circunferencia de cuatro pulgadas; que las facciones del rostro no estaban alteradas, y conservaban más bien la apariencia del sueño, que el aspecto de la muerte. En cuanto á la autopsia, mostró el corazón ingurgitado, sangre negra, así como los pulmones, que sin embargo se hallaban flexibles y sanos.

Mi estado por entonces no era mucho mejor: ocho días enteros fluctué entre la vida y la muerte; al fin se declaró alguna mejoría, pero estaba completamente parálitico de la pierna izquierda. En cuanto me hallé en estado de ser movido, me hice conducir aquí, en donde veis que la influencia de las aguas ha producido su efecto, pues en desquite sin duda del uso paralizado en mi pierna me ha devuelto el del estómago.

EL PORQUE NO HE CONTINUADO APRENDIENDO EL DIBUJO.

Pasé una parte de la noche en escribir la relación de mi joven compatriota, y lo hice con tal prontitud para conservar en cuanto me fuese posible el colorido terrible y sencillo á la vez que había tomado al pasar por su boca: desgraciadamente lo que aumenta sobre todo el interés de semejante relación, es el ser hecha por el mismo que es el héroe de ella. Esta lucha del valor inteligente y de la ciega destrucción; este combate entre el hombre y la naturaleza, engrandece inmensamente al vencido, y Ajax afirmándose á la roca y gritando á la tempestad:—*yo escaparé á pesar de los dioses*, es más magnífico que Aquiles arrastrando siete veces á Hector al derredor de los muros de Troya.

Al día siguiente no quise marchar sin haberme desayunado con el mayor Bachwalder, cuyo mayor dolor era la inacción á que le

condenaba su herida. Sin embargo, tenía gran esperanza de volver á sus trabajos para la primavera de 1833, porque empezaba ya á sostenerse sobre su pierna, y cada día sentía más sensibilidad en ella: quiso darme una prueba acompañándome hasta la puerta de los baños; pero llegados allí nos hallamos en el círculo de Popilio, estando prohibido por la facultad espresamente de pasar de allí, y como la gran facilidad de locomoción que Dios ha concedido á mis piernas le recordase su desgracia, se despidió melancólicamente de mí con la antigua frase: *Y pede fausto*.

Después de haber andado algunos pasos, nos detuvimos para echar la última mirada á una roca perpendicular que domina desde una altura de cerca de mil pies, el curso del Tamina. Aquella roca, cortada como una sierra, parece el fragmento de una muralla gigantesca, en cuya cúspide se ve como una garita de centinela y se alza una cabañita cuyas dos terceras partes descansan en el suelo, la otra tercera suspendida sobre el precipicio. En esta última parte había una especie de trampa, y mientras inquiríamos el fin con que se había hecho aquella trampa, que vista á la distancia nuestra, parecía como un punto negro, dió salida á un objeto que al principio nos pareció un mango de escoba, y que desdoscándose de las regiones superiores, y cayendo en el lecho del río, vimos al llegar al río, que era un enorme pino sin ramas preparado para una construcción cualquiera. El árbol se enclavó recto en el río, osciló un instante, y quedóse tendido en el agua como en una cama. Las espumosas aguas lo levantaron como si fuese una pluma, y lo arrastraron como otros muchos que arrojaron luego y siguieron el mismo camino. Entonces comprendimos que los aldeanos para ahorrar el transporte hasta Ragatz, se confiaban al Tamina que lo cumplía concienzudamente merced á su rápida corriente.

Como aquel espectáculo, que en un principio nos había asombrado, no nos ofrecía gran variación, tomamos pronto un camino opuesto al que habíamos andado, que en vez de llevarnos al llano por una cuesta suave nos condujo por una escalera rápida cortada en la roca. Seguimos sus zigzag durante una media hora, y casi después nos hallamos al fin en la cabaña de los pinos.

Al volver á Malans, pasamos por junto al castillo de Warteinstein, que según dicen perteneció al convento de Pefeffers; atravesamos una montañita, que creo que se llama Bruder, llegamos al Zolbruck, y por último á Malans, en donde no vi cosa alguna notable, á no ser una lluvia cual no se ha visto nunca.

Esto no me impidió que hallase un hombre y un carruaje; al principio me alarmé viendo que no cabían en él más que dos personas, pero me tranquilizó el conductor diciendo que él iría sentado en las varas: preguntéle cuanto